

Capítulo tres

MI ABUELO Y LA MAR

Conversaciones familiares a la orilla de El Charco.

Para Julia, Thiago y Javier, mis primeros bisnietos.

Si don Ernest Hemingway viviera, tendría que pedirle perdón por el casi plagio del título de este relato y por haber tomado su libro *El viejo y el mar*, como pretexto para iniciarlo. Pero pienso que el lanzaroteño don Gregorio protagonista de su premiada novela, es también patrimonio de nuestra Isla. Actualmente está en auge la literatura novelada que se califica de histórica. Me atrevo a calificar así a este pequeño cuento. Solo pretendo, además de recordar situaciones hoy desaparecidas, pero que fueron parte de nuestra historia, contrastar aquel ambiente de casi un siglo atrás, con el actual. La terminología del abuelo, en letra redondilla, no debe tomarse con carácter peyorativo, sino una realidad cultural afortunadamente superada, como demuestra la del nieto estudiante. Pido disculpas por los anacronismos en que incurro, pero necesarios para el desarrollo del relato.

Cuando, a media tarde el nieto llegó del Instituto con la mochila rebosante de libros, le dijo:

-Mira a ver si en el cofre que está en la alcoba, debajo de la ropa, encuentras un libro.

-¿Usted compró un libro?-dijo el muchacho con un gesto de extrañeza.

-No, yo no lo compré, me lo dio Gregorillo el de La Puntilla cuando vino de Cuba a ver a la familia.

-¿Quién es Gregorillo?

-Un chico con el que estuve en la escuela de El Lomo y con el que jugaba todas las tardes en El Charco y que antes de entrar en el cuartel se embarcó pa' Cuba. Me dijo que a Lavana, cuando mandaba un tal Batista que había sido sargento y él mismo se hizo general, los americanos iban de juerga y a gastar dinero, más o menos como ahora hacen aquí los turistas.

-¿Y lo del libro?

-Dice que estuvo trabajando para cuidarle la faluga con don Ernesto, un americano mujeriego que siempre estaba bebiendo güisqui, escribiendo, hablando de toros y toreros y decía que había estado en la guerra de España en el lado contrario a Franco mandando noticias a los periódicos. Gregorio le contó lo que le había pasado una noche con un pescado y él escribió un libro diciéndolo y hasta le habían dado un premio.

-Usted, ¿leyó el libro?

-Tú sabes que tanto yo como tu abuela apenas fuimos a la escuela y casi no sabemos más que firmar los papeles para cobrar el retiro y el libro lo metió ella en el cofre.

-¿Nunca le pasó nada en el mar como a ese Gregorio?

-¡Si yo te contara! Solo el que la ha vivido sabe lo que es la mar.

-Es más bonito decir la mar como hacemos aquí, pero a un profesor cuando le preguntaron: "Profesor; ¿qué opina usted de la mar?", contestó: ¡Que es masculino! Pero nosotros seguimos diciendo la mar, que es lo nuestro. Voy a buscar el libro y, cuando lo encuentre, todas las tardes al salir del Instituto le voy leyendo un cachito, pero usted también me tiene que contar esas cosas de su vida para ver si yo, que me gusta escribir, puedo hacer como don Ernesto y contarlas, aunque no creo que me den un premio.

En el fondo del cofre, debajo de las sábanas y manteles, encontró El Viejo y el mar de Ernest Hemingway.

Cada tarde, después de un rato de lectura, el abuelo se animaba y le contaba retazos de su vida y de la historia menuda de su pueblo. Cuando se terminó la lectura del libro, el abuelo exclamó:

-¡Como sufrió el pobre Gregorio con el jodio pescao!; y total para que al final se lo comieran los tiburones.

-¿Cómo era el Arrecife cuando usted era niño?

-Nada, cuatro casas. La calle Real y dos o tres más, que acaban en la Molina del Fuego, las salinas de La Vega y las Cuatro Esquinas; El Lomo y La Puntilla. Todo lo demás eran llanos; el de Portonao, el de La Vega y el del Cementerio. Todos esos barrios, Tite Roy, Santa Coloma, Alta Vista, Valterra y el de los de Haría, son del otro día, cuando el campo ya no daba nada y, sobre todo las mujeres, vinieron para trabajar en la sardina. A las doce, cuando sonaba la sirena de la fábrica, las mujeres zafaban del trabajo y venían por los puentes, se notaba el olor de las sardinas con las que estaban trabajando.

-Su familia; ¿era de Arrecife?

-Mi abuela Carmen, pasdescanse -dijo santiguándose- sí, ella era de El Lomo, y mi abuelo Pedro, pasdescanse, había nacido en Güime; pero mis otros abuelos vinieron de Papagayo, procedían de Fuerte-ventura y alquilaron una casita en La Puntilla.

-¿Fue a la escuela?

-Sí, a la de El Lomo, pero poco tiempo, pues mi padre, como era costumbre me embarcó enseguida para ayudar a la casa. Por eso apenas se leer y mucho menos un libro grande y con la letra tan menúa como ese que me trajo Gregorio.

-¿Habían muchas escuelas?

-¡Qué va!; de chicos la de El Lomo y la de El Pósito cerca de La Pesquería, y para los ricos, unos señores que daban clases particulares.

-¿Se casó joven?

-No, me cogió la guerra haciendo el servicio y estuve siete años en el cuartel.

-¿Lo pasó mal en la guerra?

-No, porque yo no fui al frente. Estaba matriculado como marinero y me tocó ir por la Marina. Hice el servicio en un barquito viejo y ferrugiento, que decían guardacostas, el "Arcila", que con otro que le decían el "Guasquer", o algo sí, navegaban entre las Islas Canarias y La Costa y tenía un cañoncito en la proa que nunca vi disparar. ¡Yo creo que no tenía ni balas! Me destinaron a Infantería de Marina, que tenía un uniforme azul con rayas encarnadas y unos cordones en el pecho. Los amigos me decían de broma que si estaba estudiando pa' capitán y me llamaban El Caete.

-La gente que se quedó aquí, en la isla, ¿cómo lo pasaron?

-Las mujeres, los viejos y los niños si lo pasaron mal. No tenían ni que comer ya que la juventud que podía trabajar, desde los diecisiete años hasta más de los veinte estaba toda en el cuartel. En la calle de la Marina, frente a los puentes, había unos almacenes con un letrero que decía Auxilio Social donde unas mujeres jóvenes del pueblo, con unos uniformes azules, mataban el hambre de los viejos y de los niños. Hasta mucho después de terminada la guerra, en la tienda para comprar tenías que entregar los cupones de la cartilla de racionamiento, que era como una libreta de papel baso, canelo, y te daban mitad media de aceite, un puñito de arroz para los niños y una embozada de azúcar negro, que ahora dicen que es más sana que la de antes. Hasta las velas y los fósforos estaban racionados. Los pocos marineros que se embarcaban para Cabo Blanco, traían unos cuadritos de azúcar envueltos en un papelito, que le compraban a los franceses. Ahora vas al

supermercado y hay veinte clases de pan. Aquel pan era negro, con la mitad de afrechos, que también dicen que es más sano, pero que no había quien lo comiera y desde madrugada se hacía cola en la panadería, pero que muchas veces no podías comprarlo porque se acababa antes. El de la panadería de don Aquilino sí era bueno, sobre todo uno al que llamaban pan batido.

-Abuelo; ¿qué es eso de mitad media de aceite?

-Antes aquí no se medía por litros, sino por cuartas que es de suponer que un litro tenía cuatro. Mitad media era la mitad de media cuarta; ¡un pizco de nada!, dos dedos en el fondo de la botella. No daba ni para freír una sardina. El aceite venía en bidones y el tendero, con un aparato que colocaba dentro del bidón, le daba al beo que la sacaba pa echarla en la botella. Lo mismo pasaba con el petróleo, que antes de eso venía en unas latas grandes metidas en una caja de madera. Esas latas después las usaron los carreros para repartir agua casa por casa. Todas estas cosas las sé porque unas las viví y otras me las contaban mis padres y mis abuelos. Yo, como te decía, estaba en la Marina y allí por lo menos se comía bien.

-Hoy con abrir la llave tenemos agua corriente; ¿siempre fue igual?

-¡Qué va!; había que tener mucho cuidado con gastarla. Casi todas las casas tenían un aljibito y los techos de las casas y los caminos hacía de alcogida para las pocas veces que llovía. Cuando el cielo se ponía negro, el tiempo se ponía sonso, los ruidos se oían desde lejos y parecía que podía caer alguna gota, en los pueblos se oía el arrastradero de las palas limpiando las alcogidas para que no se perdiera ninguna. La esperanza era que el tiempo se pusiera majorero soplando fuerte desde el sur, desde Fuerteventura.

-Ya veo que la falta de agua era uno de los grandes problemas de la Isla.

-Los carreros que te decía, tenía un carrito con un burro y un bidón y pasaban casa por casa, repartiendo latas de agua. A las latas de petróleo le quitaban la parte de arriba y le ponían un palo atravesado para agarrarlas.

-¿De dónde sacaban los carreros el agua?

-De las maretas. La de El Estado en Argana; la del Cabo Pedro detrás de Las Cuatro Esquinas y la de los Negrines a la que le pusieron una tubería y los carreros la cogían en un portón en la calle de El Fuego. Los correillos negros, Viera y Clavijo, La Palma y León y Castillo tenían en el fondo, en la bodega, unos depósitos para lastre y los aprovechaban para traer agua de Las Palmas y de Tenerife; después la traían los buques de La Marina, el A-2 y el A-4 y el Conde Sister un barco barrigudo que la gente llamaba La Botija.

-Yo le he oído a mi madre algo de que las mujeres lavaban los colchones en La Caleta.

-Sí; al principio de la playa de Famara hay un pozo en el que las mujeres de los pueblos de los alrededores iban a lavar y algunas venían a Arrecife para recoger la lana de los colchones para lavarla en ese pozo y abrirla. La lana después de mucho tiempo dentro del colchón se amasa y forma unas pelotas que había que desenredar a mano, abrirla decían ellas. Se hacía después de lavarla y cuando ya estaba bien seca.

-El agua de las galerías de Famara creo que también se consumió en algún tiempo.

-Sí. Primero la llevaban a los pueblos en camellos que podían con dos barricas, pero más tarde vino un Ministro que dijo en el balcón del Cabildo, y yo estaba delante: "¡Pueblo de Lanzarote, tendréis agua!" y al poco tiempo tendieron una tubería, primero desde Famara hasta Mozaga, donde los camiones la cargaban pa' traerla pal' Puerto y después la llevaron hasta la Mareta del Estado; pusieron dos pilares, uno en La Vega y otro a la entrada del Muelle. El día que se abrió la llave del que estaba aquí abajo, hubo fiesta y recuerdo ver al cura don Lorenzo echándole la bendición. Las mujeres y los muchachos iban al Pilar del agua a llenar cacharros y latas.

-¿Quién fue ese Ministro que tanto favoreció a Arrecife?

-No me acuerdo del nombre, solo sé que le pusieron una calle y después se la quitaron. Un día desembarcaron unos cacharros grandísimos pintados de negro, que decían que era para que pudiéramos beber el agua de la mar. La gente se echaba a reír y decían que como le iban a quitar la sal al agua de la marea. Poco después pusieron por todas las calles y para entrar en las casas unos tubos azules y todos nos volvimos locos cuando dándole a la llave salía agua sin tener que guindar del aljibe con el balde.

Aquellas conversaciones al atardecer sentados en la muralla de El Charco, cuando el duro sol ya había desaparecido, cerca del Rincón del Aguaecío, fue un entrenamiento para la mente un tanto deteriorada del abuelo que, poco a poco, fue recobrando la memoria de su larga vida.

Ya no tenía que esperar a que su nieto leyera las aventuras del viejo Gregorio en las aguas del Caribe. Mientras remendaba la enorme guelderá que él ya no tenía fuerzas para manejar, sus ojos se cerraban y veía el otro Charco de sus correrías. Era mucho más grande y esos perfectos muros eran unos teniques y lajas entre los que se colaba el agua de la marea alta y donde nadaban lisas y barrigudas y los cangrejos escapaban corriendo para atrás y todavía, a pesar del entullo que casi lo llenaba, se veían los restos del muro que lo atravesaba y, decían los viejos, que cuando bajaban las mareas grandes, sobre todo después de la fiesta de San Ginés, los pescados quedaban varados y se llenaban cestas y que también pescaban toninas y cuando un barquillero avisaba que habían aparecido frente a La Bufona, salían todos y dando con los remos en el agua, las metían por debajo del Puente de las Bolas y entre Juan Rejón y el Charco, las mataban a palos y cuchilladas, mientras los pescaos lloraban como niños. Recordaba ver vendiendo en La Recova la carne de tonina, como la de vaca, casi negra de tan colorada y chorreando sangre. Su nieto le dice que las toninas se llaman hoy delfines y que su caza está prohibida. Cuando lo comento con su nieto, éste dijo:

-Otro profesor nos prestó un libro que está en la biblioteca. Se titula "Historia del Puerto del Arrecife" y lo escribió un chicharrero que estuvo viviendo en Arrecife hace más de cien años, don José Agustín Álvarez Rixo. El padre era de La Orotava y vino a Lanzarote para exportar productos, principalmente la barrilla, y dice en el libro eso de las toninas, él dice la apañada de las toninas. Parece que cuando las cazaban, no pescaban, pues no son peces sino animales mamíferos, como nos aclaró el profesor, los marineros se las repartían en partes iguales y el Santo, San Ginés, tenía una parte igual que cada marinero. Parece que una vez quisieron engañarlo dándole la más pequeña y el santo se cabreó y durante muchos años no aparecieron los delfines, digo las toninas. Cuando acabe de leer ese libro le voy a contar muchas cosas de Arrecife que usted no puede conocer ya que sucedieron cuando ni sus padres habían nacido. Por cierto, estuve haciendo averiguaciones y el Ministro que trajo el agua y le quitaron la calle era Fernández Ladreda.

-¿Mandaban barrilla pa'fuera?

-Sí, la barrilla no es una especie endémica, quiero decir que no siempre la hubo en Lanzarote, sino que se trajo porque se da muy bien en los sitios secos y antes de que los productos químicos la desplazaran, tenía mucho valor.

-La barrilla: ¿pa'qué servía?

-Ya no, ahora se ven muy pocas y no tienen ningún valor comercial.

-Cuando yo era joven y acompañaba a mi abuelo, el de Güime, a la casita que tenía allí, toda esa vega que él llamaba de Machín, desde San Bartolomé hasta la orilla de la marea, estaba verde y encarnada de barrilla y me decía que la gente cuando trabajaba en el campo, si se les ensuciaban las manos, cogían un manajo de barrilla, se las restregaban y quedaban limpias.

-Es porque la barrilla es muy rica en sosa y se exportaba para fabricar jabón. Primero se secaba y se enviaba a otros países así; pero después se descubrió que quemándola se formaban unas piedras que tenían las mismas cualidades que fresca o seca y ocupaban menos espacio. Algunos compañeros del Instituto dicen que

en casa de sus abuelos hay unas piedras de color caneloso, que llaman piedra de barrilla. En alguna orilla de por ahí debajo, en la costa, hay como un puertito que también tiene ese nombre: La piedra de la barrilla.

Entre sus recuerdos juveniles estaban que algunas tardes, con los amigos, atravesaban los puentes para ver quien aguantaba más nadando contra la corriente de El Pasadizo y descansaban en La Playa de los pobres hasta que el hombre de la carretilla de la sal o el bardino de la fábrica de Morales, los hacía salir corriendo y botarse a la marea.

Un día oyó que sus padres hablaban de él.

-El chico ya está grandito, tendrá que dejar la escuela y ya tengo apalabrado con el patrón para llevarlo a La Costa.

-¡Pero si es un niño!; y además el maestro está muy contento con él y dice que es muy listo, -se lamentaba la madre.

-Sí, pero con listezas no se come y somos muchos en la casa. Es el más viejo y tiene que ayudar.

-Mi padre ya me zafó en un barco de la pesca chica para que me fuera acostumbrado a la mar-le dijo muy orgulloso el muchacho a su amigo Gregorio.

Así, Perico, que hasta entonces sus contactos con el mar habían sido nadar en El Charco y subirse a la chalana de señor Pedro el Calafate, se vio a bordo de La Rosa, junto a su padre y un grupo de costeros, camino de las costas de La Agüera. A la salida por la Boca de Puerto Naos, el padre le aclaró que, para que el barco no encallara, tenía que salir viendo por la popa frente a frente, los dos postes en medio del llano, de los que colgaban un farol verde y otro encarnado. Desviándose al norte, atracaron en la punta del Muellito de Palo y mediaron la bodega de sal de los cocederos de la Salinas de los Santos. Aquello de ser ya un hombre le había ilusionado y hecho presumir ante sus amigos mientras estuvo en tierra, pero la realidad ya era diferente. El mareo, los golpes de la botavara y de la vela en el cambio de maniobra; las órdenes a gritos del patrón para hacerse oír entre el ruido de las olas y sobre todo la negrura de la noche, le hicieron temblar. Solo el consuelo de la presencia de su padre era un sedante para su situación.

La primera noche temió que el patrón no viera la costa africana y el barco se estrellara contra los riscos mientras ellos dormían, o velaban como él, entongados entre las tablas que formaban el tambucho de la proa del barco. Señor Juan, un viejo marinero, le tranquilizó:

-Por la noche, aunque no se vea, se oye el ronquido de la mar cuando choca contra la costa y entonces se vira pa' afuera hasta que se jaga de día.

-Mi padre me dio una liña con un anzuelo y me dijo que él, en los ratos libres se ponía a pescar en la banda del barco pal'caraportal y que yo hiciera lo mismo.

-Caraportal; ¿qué era eso?

-Cuando no había que trabajar para el amo, los marineros podían pescar por su cuenta y lo que cogían era pa'ellos. Lo salaban y hacían un velillo y lo mandaban pa'rriba en el correo a la familia pa' que se lo comieran y, si era mucho lo vendieran.

Después de muchas tardes de lectura y relatos del abuelo, el chico le dijo:

-Abuelo, lo he comentado con mi profesor de literatura y me ha encargado para fin de curso, un ejercicio de redacción sobre lo que usted me está contado. Veremos si algún día me hago tan famoso como don Ernesto escribiendo un libro que tendría que titular: "Mi abuelo y la mar"-dijo adornándolo con una sonora carcajada.

Dos de los abuelos de Perico llegaron a Papagayo procedentes de Fuerteventura. Apenas unos días después de la boda, reclamados por los tíos de ella, que no tenían descendencia y para aliviar la situación de la numerosa de ellos, recalaron a bordo del barquillo El Majorero, empapados por las rociadas que la brisa hacía

entrar por la proa y sin más ajuar que un colchón envuelto en una manta y amarrado con un pedazo de liña costera, en cuyo interior, muy bien doblado el traje de la boda y el belillo con el resto de las escasas prendas.

Se casaron muy jóvenes, pues él, en aquella España envuelta en guerras coloniales, tuvo la suerte de que en el sorteo como soldado, quedó entre los excedentes de cupo o, como decía su madre, ignorante y orgullosa, a sus amigas: "Mi hijo no va al cuartel. En la rifa de los quintos le tocó presidente de los escrúpulos".

No ocurrió lo mismo con Eustaquio, su amigo mayorero: "Lo mandaron a unas islas a la otra banda del mundo, donde los moros de allí los tuvieron trancados mucho tiempo dentro de una iglesia, muertos de hambre y comiendo hasta ratas y lo que más les jodía era que las noches de luna para que las vieran mejor, ponían a unas muchachas muy guapas sobre un morrito cantándoles, pidiendo que se salieran y se fueran con ellas".

Unos días después del arribo de los chicos a Papagayo, al amanecer la tía se despertó con unos gritos y grandes risotadas procedentes de la, por otro lado, desierta playa. Vio a los muchachos retozando entre los jables y las aguas. Se santiguó tres veces seguidas, rezó un padrenuestro por aquellas almas pecadoras y se alegró que su marido, un gallo quíquere para mujeres, que no respetaba nada ni a nadie, estuviera faenando en la mar y no tuviera oportunidad de contemplar las jóvenes curvas y los oscuros recovecos que el mojado camión dejaba transparentar.

Con los estómagos algo cansados de pescado que el tío traía en el barquillo y lapas y burgaos de la costa de Pechiguera, y las pesetas de los ahorros y de los regalos familiares de boda en franca disminución, gastadas en la tienda de Remedios la de Femés, hizo caso a los consejos de ésta que le aseguraba que en El Puerto encontraría trabajo como marinero y una chocita en que acomodarse, una madrugada, montado en el poderoso burro negro que el tío había traído amarrado a la borda del barquillo desde Corralejo, se encaminó a la capital. Siguiendo los consejos del celador del fiolato de la carretera de Tías y orientado por la torre de la iglesia que sobresalía por encima de todas las casas, llegó y amarró el burro en el corral que había detrás de La Recova, junto con otros de las mujeres que de los pueblos cercanos traían sus productos al mercado y que rebuznaron alegremente ante la presencia del nuevo y desconocido amigo. Al anoecer el regreso triunfal. Se había enrolado en uno de los barcos que pronto saldrían para la pesca y con el anticipo que le dio el patrón había alquilado una pequeña casa en un barrio que dicen La Puntilla. Tres días después tendría que estar en Arrecife para el embarque. La mudanza, si así se podía denominar, fue en el barquillo del tío, que recaló por el Puente de las Bolas y después de entrar en el Charco, fondeó cerca de La Puntilla. Además del mismo ajuar, traían un catre de viento regalo de los tíos, recién pintado de verde con la pintura sobrante del barquillo y otro colchón para la tía que se prestó a acompañar a su sobrina en la primera ausencia del esposo y con gran regocijo del suyo, que se veía libre de la tiranía de la esposa para sus correrías y pensando ya en visitar aquella misma noche a Pepilla en cuanto la chalana del fragilón del marido traspusiera rumbo al pesquero de salemas, detrás del Zoco de Ginés. Los días que faltaban para la partida lo emplearon en adecentar la casita y comprar, en la tienda de Los Morales, los cachivaches neCésarios. Eran los recuerdos de lo que su abuelo le contaba sentados en el puentito que unía las casitas de La Puntilla con la orilla. Sus otros abuelos, los de El Lomo, habían sido menos aventureros y poco inclinados a contar sus vidas. Eran del Puerto de toda la vida y Perico tenía que saltar como una cabra sobre las piedras para ir a verlos a la calle de El Salto. Con Gregorillo y otros, jugaban en el molino que llamaban de Barón y en El Taro, un corral redondo, de piedra seca en el Morro de La Elvira, en el que se decía que los viejos guardaban los granos y el queso. Todavía tenía en la cabeza una coneja que le hizo la piedra que le tiró Pepillo escondido detrás de la pared.

-Abuelo, hoy tenemos un montón de turistas, muchos aviones todos los días y esos grandes cruceros que llegan diariamente; ¿cómo era aquello?-le preguntó una tarde el nieto.

-Te puedo contar no solo lo que yo viví, sino lo que me contaban mis padres y mis abuelos. Mi padre trabajó en la construcción del Muelle Grande, que ahora le dicen Comercial cerca del castillo de San Gabriel. Pero antes de eso solo estaban el de Portonao, ese del que ahora ves la punta en un charquito, lleno de papeles y basura, y el de La Pesquería, donde se reúnen los jubilados a jugar al dominó. Al ladito mismo del muelle, donde está la Delegación del Gobierno, estaba la Pesquería; unos muros con unas rejas de madera pintadas

de verde y unas mesas para tender el pescado. Te decía que mi padre había trabajado en la construcción del muelle, al principio del otro siglo. Los prismes los fabricaban en la explanada del Carbón, junto al Castillo, con piedras que traían de la Pedrera de El Cabo Pedro en las Cuatro Esquinas y jable de la Playa del Reduto, que dejaron pelada. Pusieron unos raíles y una máquina chiquitita, que echaba jumo negro y tiraba de las vagonetas. Esos raíles y las vagonetas, ya podridas, las vi allá por la Montaña de Ortiz, cerca de Tinajo, cuando un amigo que tenía por aquellos alrededores una tierrita de parras, me llevó. Parece que un señor los había comprado para llevar arena a los camiones. Yo recuerdo ver lo que quedaba de la máquina, toda destrozada, en un taller por aquí, cerca de El Charco. Para cargar la sal, había otro muellito de tablas, cerca del castillo de San José, frente a unas salinas de don Antonio de los Santos y que le decían Salinas de los Santos.

-Dice que había una explanada que después llamaban de El carbón; ¿por qué ese nombre?

-Más tarde, cuando la flota se fue modernizando ya nadie quería los barcos de vela, sobre todo cuando don Andrés el Húngaro trajo de Galicia a los Lambertis para hacer la fábrica de El Islote del Francés. Los primeros barcos no eran de motor, sino de máquina y la caldera la calentaba el fogonero con carbón de piedra que los barcos carboneros traían en seretas que depositaban en ese llano. Aprovechándolo un señor catalán que creo se llamaba Zaragoza, en un almacén que tenía en la calle de El Campo, montó una fábrica de cocinas que también se encendían con ese carbón y que las mujeres llamaban cocinas de yerro. En el llano después pusieron una fábrica de hielo y cuando no estaba, el chiquillaje jugaba allí al fulbo. Después vinieron los Llorenes y Angelito Ojeda, pero mi padre me recordaba que la primera estaba frente al Castillo de San José, La Gremial que llevaba un abogado, don Eugenio Rijo, y él recordaba la ladera de piedras en la que entodavía había pescados resecos, restos de los que se ponían al sol para hacer bacalao que se mandaba, dentro de unas esteras, para Mauritania y otros pueblos de esas razas más abajo de los de la Costa.

-¿Aquí había un húngaro?

-Yo no sé de donde era, pero le decía así, don Andrés el Húngaro, que había aparecido en La Graciosa y dicen había enseñado a los gracioseros a pescar el atún. Después vino pal Puerto y trajo a los Lambertis que tenían barcos y fábricas de pescado en La Península. Yo lo vi algunas veces y usaba un sombrero grueso como de corcho, como los que se ven en las películas cuando alguno se mete en la selva.

-Sí, un salacot. Yo nunca he oído una calle que se llame de El Campo y si el nombre de unos supermercados en Tenerife.

-Sí, ahora se llama Canalejas. Iba derechita al primer cementerio que hubo en Arrecife, donde después se empezó una ermita y se tumbó para hacer el Instituto. La llamaban así porque al cementerio se le decía El Campo Santo.

-Hace poco el Ayuntamiento hizo una nueva edición de un libro de un poeta, Don Leopoldo Díaz Suárez, "Espontaneas", en la que dedica una de sus poesías al cementerio y la titula "Mi campo". ¿Cómo estaban los deportes?

Lo del fútbol en la explanada de El Carbón, le trajo a la memoria los escasos deportes que se practicaban en la isla.

-Debajo del Morro de La Elvira se jugaba a la bola, aquellas pelotas de madera, unas pintadas de verde y otras de encarnado, que yo casi no podía levantar y que ganaba quien arrimaba más al mingo. Hablaban de un luchador famoso que llamaban El Pollo de Uga, del que se decía que levantaba a pulso una barrica de vino de cien litros, para colocarla sobre el mostrador de su tienda y que una vez lo llevaron a Las Palmas para luchar con un extranjero que se llamaba Capitán no sé qué y al que le ganó; también conocí a otros más recientes y al que más recuerdo era uno que le decían El Faro; un hombre grandísimo de patas flacas, que cogía a los luchadores contrarios, los levantaba, los doblaba por la cintura y los botaba pa'un lao como muñecos, y levantaba un arado agarrándolo por la punta. Las luchadas en La Recova, sobre todo en las Fiestas de San Ginés, en la que los canarios se dejaban tumban el primer día para que al siguiente fuera mucho

público y hacer perras y entonces ganaban por doce a nada. También se luchaba en el patio donde después se hizo el Correo y en el estadio viejo, en la calle Triana. Había mucha afición al fulbo pero no te puedo contar porque a mí no me gustaba. Y a lo mejor era que, como me pasaba casi todo el tiempo embarcao, nunca vi una partida. Cuando más he visto es ahora en que la televisión lo ha puesto de moda y los muchachos no ven otra cosa y, como estoy sentado en la sala lo veo al soslayo. Lo más que me gustaban era las regatias de barquillos y botes a remo y de lanchas costeras a vela.

-¿Qué eran lanchas costeras?

-Los botes y barquillos eran más chicos y las lanchas costeras eran como los botes pero más grandes y servían para ayudar a echar y recoger el trasmallo para hacer el cerco. La última que recuerdo estaba abandonada en la playita del Castillo, entre los dos puentes y, una vez que les dio por limpiar las playas la quemaron. Sería bueno que se hiciera una y ponerla en el parque, para que la gente joven se dé cuenta de los trabajos que se pasaban en La Costa. Los marineros nadaban como pescaos y margullían pal fondo. También había regatias de nadar desde los puentes hasta el muelle de La Pesquería. En los lanchones de hierro que estaban fondeados enfrente mismo del quiosco viejo de Juan Prin y Teodora, que también tumbaron, se ponía la cucaña; el palo de un barquillo bien untado de sebo y con una bandera en la punta y ganaba el que no se resbalaba y llegaba a agarrar la bandera. ¡Algunos muchachos se daban cada lomazo contra el palo, que quedaban ardiendo!

-¿Había premios para los ganadores?

-Sí, pa los barquillos don Casto siempre daba cajas de coñá Terry, y pa los grandes el Comandante de Marina dejaba hacer una calada dentro de la barra, que estaban prohibidas.

-¿Una calada dentro de la barra?

-La barra era pa'endrento desde las dos puntas, una que sale pal poniente frente al Castillo y la otra la que tenía el Islote de la Fermina antes de que lo echaran a perder metiéndole bloques y cemento, como le oí, protestando, a don Leandro Perdomo, que escribía en un periódico. Todo eso, desde allí hasta La Marina era mucho más grande. Con los rellenos para hacer el Parador y el Parque, se ha quedado chiquitito. Antes la marea llegaba hasta la puerta del Casino viejo, que creo que hoy llaman Casa de la Cultura, y los bancos de cemento y la Caseta del Baño.

-Estoy aprendiendo un montón de cosas de las que no tenía ni idea.

-¡Claro!, tu eres un muchacho nuevo y, cuando nacites ya no quedaba nada de eso. Donde está el otro parque, el Casino nuevo y el hotel grandísimo, todo era mar y como esa parte de la mar era tan grande y no se podía pescar sino con caña, estaba rebozando de pescaos. El premio era echar el chinchorro endrento y agarrar un montón de pescao pa llevarlo a vender. El barquillo de Los Copares, que vivían en Lastila la ganaba casi siempre. A marea vacía al lado del Islote se cogían santorras y almejas.

-Ahora las almejas se traen de Chile; no sabía que aquí las hubiera.

-No sé, nosotros le decíamos almejas y tenían una cascara medio cambada con unos agujeritos y las mujeres las vendían en un plato, casa por casa. Decían que las hacían con arroz. También las pegaban a las macetas de cemento como adorno. Las niñas jugaban con ellas y les decían cedacitos.

-Ya sé a qué se refiere. En otros sitios las llaman orejas. Antes me habló de luchadas en La Recova, pero allí no hay sitio para luchar.

-Ahora, después que a alguien se le ocurrió tumbarla, no; pero antes sí. En el centro había un patio grandísimo con un pozo en el medio, y alrededor estaba techada, con unas mesas de piedra y unas pesas grandísimas, en las que las mujeres de los pueblos como Güime, Montaña Blanca, San Bartolomé y Tahiche, ponían las cosas del campo para venderlas; más o menos como los supermercados de ahora. También estaba el

Ayuntamiento, las escuelas, donde se hacían los juicios, el cuartel de los celadores y hasta uno de soldaos, y al fondo el cuarto de los ratones. Hubo hasta lucha libre y uno era Marón, de Las Palmas, que primero era de la lucha canaria. Yo creo que los taponazos que se daban no eran de verdad, pues hubieran acabado ensangrentados y en el hospital.

-El cuarto de los ratones; ¿qué era eso?

-Un cuarto oscuro con una reja por lantre donde los celadores trancaban a los que robaban algo, a los borrachos y a los que molestaban por la calle. Una vez hicimos una forrotera a piedra limpia, debajo de la marea, con los de Lastila. Cuando saltamos pa'tierra, señor Pepe el Celador nos llevó al cuartelillo y nos quiso meter en el cuarto de los ratones. Menos mal que mi padre se enteró y vino corriendo a sacarnos. Cuando llegué a mi casa mi padre se sacó el cinto y me dio una jentina que cuasito me mata porque el alcalde me había puesto una multa de dos pesetas.

-Ya que estamos hablando de La Recova y estamos cerca de la Plaza de la Iglesia, le voy a preguntar algunas cosas de ella. ¿Usted oyó decir algo de un cuadro de San Ginés que apareció flotando en El Charco?

-Sí, eso decían los viejos, pero, tú crees que el salitre que se come hasta el yerro de los barcos ¿cómo iba a dejar un cuadro de tabla o de trapo?

-Sí, yo tampoco puedo creerlo. ¿Oyó decir algo de que había otra iglesia antes de la que ahora tenemos?

-Se decía que la ermita que estaba en la orilla se llenaba de agua en las mares grandes y por eso tuvieron que hacer una nueva.

-Ese libro de que le hablo dice que hubo una ermita que la construyó con su dinero un armador francés, un señor llamado Centelles que comerciaba con este puerto. Para mí eso del cuadro flotante, como usted dice que no podía aguantar empapado de agua salada, es un medio cuento que alguien inventó. Pienso que, como en Francia San Ginés era un obispo muy popular, ese armador, que puso su dinero para hacer la iglesia, se creería con derecho a dedicarla al santo de su devoción. Es una suposición mía. Usted en su juventud, ¿era muy religioso?

-Como estaba en la mar la mayor parte del tiempo, yo no podía ni dir a misa; pero a la que nunca faltaba era a la del día de la Virgen del Carmen. Los marineros estábamos muy agradecidos a Ella, ya que nos salvó de muchos apuros. Hasta en un barco de los Llorenes pusieron un altar con la Virgen del Carmen.

-¿Se casó por la iglesia?

-Pues, ¿cómo me iba a casar? Antes no había el relajo de hoy en que te puedes casar hasta delante de uno del Ayuntamiento. Así a los cuatro días se cansan uno del otro y cada uno pa su lao. Pa casarte el cura hasta te examinaba.

-¿Los examinaba?

-Sí, te hacía un examen y te preguntaban por Dios, por los mandamientos y si sabías rezar. Hasta que no te aprobaba no te casaba.

-Huy, ¡qué cosas!

-Te voy a contar una graciosa: Juan El Cambao ni sabía leer ni nada; el padre que era patrón lo llevó a La Costa yo creo que cuando entodavía estaba gatiando. El cura lo examinó unas cuantas veces y nunca aprobaba. Juan, un día cabreado, le dijo al cura: "Don Juan, si no me casa, me ajunto con mi novia". Un domingo, a la salida de misa, don Juan lo llamó: "Te voy a hacer solo dos preguntas muy facilitas, si me las contestas te apruebo y te caso; vamos a ver, ¿cuántos Dioses hay?"; "Tres", dijo muy tieso. "¿Y personas?"; "Buej, toda la plaza llena". Le dijo a la novia: "¡Ya nos podemos casar!"; el cura ya me desaminó y desaprobé; le contesté toíto lo que me preguntó, ¡y eso que se lo dije al tun tun!"

-La verdad que tiene mucha gracia lo de Juan el Cambao. Ya veo que eso de ir a la escuela y aprender a leer y escribir, para los marineros era un lujo. ¿Cómo se las arreglaban los patrones para navegar si no sabían leer las cartas marinas?

-¿Leer?; casi ninguno. Salían de Portonao y tiraban pal naciente hasta que encontraban la costa. Allí había lo que llamaban las marcas que servían para saber dónde estaban y así, de marca en marca, llevaban el barco hasta el pesquero. Cuando se acababa la zafra, al revés, tiraban pal el poniente hasta encontrar la isla.

-Con lo grande que es el mar y lo chiquititas que son las islas, y sin cartas marinas que consultar, ¿cómo se las arreglaban para dar con ellas?

-Después de unos cuantos días de navegación, cuando calculaban que ya debían haber llegado, si no daban con ella, viraban otra vez pal naciente hasta encontrar una marca y pegar otra vez a empezar. Algún patrón tuvo que hacerlo unas cuantas veces hasta dar con Lanzarote. Se contaba, no sé si será verdad, que un patrón desesperado, cuando encontró con un vapor grande, le hizo señas y le preguntó al capitán que donde se encontraba. El capitán del barco le dijo que diera la vuelta ya que estaban llegando a Venezuela.

-Me recuerda a aquel Rodrigo de Triana que iba con Colón y gritó: "¡Tierra!", casi le pasa lo mismo a ese patrón. El libro de Álvarez Rixo dice que los mareantes no llevaban pilotos, y que el método de que se valen es salir de Cabo Blanco rumbo al norte y que cuando descubren que la estrella polar les queda a la altura de la verga del trinquete, cambian al este hasta topar con cualquiera de las islas y que, reconocida una, se dirigen a la que les conviene. Pero después los patrones ya tenían título.

-Sí, eso fue cuando se trajo la Escuela de Pesca.

-Ahora la Escuela de Pesca se ha transformado en un Instituto; ¿recuerda cuándo empezó a funcionar?

-Claro; todos los patrones se apuntaron porque les dieron un tiempo para sacar el título y poder seguir patroneando. Parece que Las Palmas y Tenerife se estaban peleando por tener la escuela, pero un capitán de los militares, que vivía en Tenerife dijo: "Ni Las Palmas ni Tenerife, se pondrá en Lanzarote que es donde hay más barcos costeros y más marineros".

-Dice que fue el capitán de los militares en Tenerife, ¿no sería el Capitán General García Escámez?

-Ese mismito; que fue el también que mandó a hacer las casas para marineros pobres, la Barriada del Carmen, y que también hizo mucho por La Graciosa. Tenía una calle en Arrecife y también se la quitaron como al Ministro del agua.

-La Escuela de Pesca, ¿estaba dónde está ahora?

-No, empezó en una casa grande y vieja cerca del Hospital, en la esquina de la calle que va a Portonao y otra que baja que tienen el nombre de un ingeniero pero que no me acuerdo del nombre.

-¿Ingeniero Paz Peraza?

-Sí, sí, esa. El caserón tenía unas ventanas grandes pintadas de encarnado y yo me acuerdo ver por ellas a don Rafael, que era capitán de la marina, y a don Blas y a otros más que daban clases, y a un tal Duchemín, que hacía unos barquitos preciosos, igualitos que los de verdad. Después rellenaron un cacho de la marea frente a la Casa del Torrero para hacer la Escuela.

-¿Había un torrero en Arrecife?

-Sí y entodavía está la casa, pintada de amarillo. Me acuerdo verlo asomado al postigo, con una bilborina negra tapándole toda la cabeza, creo que lo llamaban el señor Carreras y cuidaba de que las luces de entrada por la Boca de Portonao estuvieran encendidas toda la noche.

-Pero esa boca ya no existe.

-No; cuando había muchas marejadas del naciente, entraba unas olas grandes y había que tener mucho cuidado con los barcos. Una vez aparecieron unos ingenieros y le dijeron a los marineros que esa boca había que cerrarla. Los marineros y los patrones le contestaron que eso era un disparate, que las aguas tenían que salir y entrar por allí. Pero los muy cabezudos siguieron pajlante y le pusieron una muralla donde ahora hicieron un muelle para los barcos grandes de los turistas. Los marineros tenían razón y al poco de cerrarlo no había quien aguantara la peste de todo lo que se iba ajuntando por donde antes tenía la salida y más tarde hicieron un agujero para darle la salida. En el tiempo de la sardina los barcos limpiaban las bodegas al lado del muellito y todo el fondo, podrido, no dejaba ni vivir. Entonces rellenaron El Pasadizo y dijeron que era hasta que el fondo se limpiara. Como siempre, entodavía estamos esperando a que se abra otra vez y el agua vuelva a pasar como debe ser, entrando por El Charco como siempre y limpiándolo para desaguar por los puentes y Juan Rejón hasta la playa de El Reduto.

-Le voy a preguntar dos cosas para ver si me sabe contestar: ¿sabe quién era ese Juan Rejón y por qué la playa se llama de El Reducto?

-Será que ese Juan tenía muchos rejos y la playa no sé-dijo en medio de la risa.

-Se lo voy a decir para que usted pueda presumir con los amigos cuando va a tomarse el café en La Casa del Miedo. Hoy ya se ha hecho tarde y tengo que irme a estudiar, pero mañana se lo cuento.

Al día siguiente:

-Me ibas a contar lo de ese Juan Rejón y la playa de El Reducto.

-¡Ah!, sí. Lo de la playa es muy fácil. Como Arrecife era atacado frecuentemente por piratas argelinos, franceses, holandeses e ingleses, para completar la defensa del puerto, además de los dos castillos, el de San José, que llamaban la Fortaleza del hambre, y el de San Gabriel, en la playa hicieron un muro grande para, si era neCésario en alguno de esos ataques, colocar detrás unos cañones. Nunca tuvo cañones porque no fue neCésario. Cuando los reyes de España quisieron conquistar Gran Canaria, mandaron muchas tropas y unos generales. Uno fue Juan Rejón. En una ocasión en que el general se quedó sin víveres, unos lanzaroteños que estaban en su tropa, le dijeron que vinieran para acá para suministrarse. El Marqués de Lanzarote, Diego de Herrera, supo que entre los que venían con Rejón estaban Pedro de Aday y otros que él consideraba traidores a Lanzarote y mandó a su hijo Hernán Peraza para que, con sus tropas, impidiera el desembarco. En esa lucha Rejón ordenó que los dos cañones de su nave dispararan contra los lanzaroteños, quedando uno muerto y varios heridos. Todo ocurrió dentro de lo que hoy conocemos como Bahía de Juan Rejón.

-Todos los días aprende uno algo, cuando tiene a su lado a alguien con estudios, como mi nieto, aunque ponerle a un cacho de El Puerto el nombre de ese jodío Rejón que mató a uno de aquí, no me parece muy bien-dijo el abuelo orgulloso y sonriente.

-Todo esto lo sé porque en la biblioteca del Instituto hay otro libro que se titula "Historia de Canarias", de un cura de Tenerife, don José de Viera y Clavijo. Ya le contaré más cosas de ese libro.

-Dices que el castillo de San José lo llamaban Fortaleza del Hambre.

-Parece que en el Siglo XVIII, hace más de doscientos años, las islas, sobre todo Lanzarote, pasó una época que la gente se moría por falta de trabajo y alimentos. El Rey Carlos III de España, lo mandó construir no como defensa pues al parecer ya había pasado el peligro, sino para dar trabajo a la gente de la isla que no lo tenían y poder matar el hambre, por eso lo llamaban así. Se me olvidó decirle que el de San Gabriel se llamó también, lo mismo que el Islote, El Quemado porque en aquellos tiempos el interior y los techos eran de madera y uno de los piratas, Morato Arráez, le prendió fuego.

-¿Hasta cuándo estuvieron viniendo los piratas?

-Según el libro de que le hablé de Álvarez Rixo, el último ataque fue por dos corsarios ingleses en 1762. Los británicos intentaron llevarse los barcos que estaban en Puerto de Naos, que se escaparon saliendo por el puente, que era levadizo. Los ingleses hicieron fuego contra el Castillo y desembarcaron cien hombres y la población de Arrecife huyó asustada. Cuando intentaron desembarcar otra vez, un militar retirado, un señor catalán, el historiador dice catalán pero un investigador de aquí, de San Bartolomé, dice que realmente era aragonés, don Carlos Monfort, que vivía en Lanzarote con un hijo, se fue al Islote del castillo, se escondió detrás de una peña y de un disparo mató al capitán de uno de los barcos, el Lord Anson, que venía al frente de la chalupa. Los ingleses se retiraron y no aparecieron más. Parece que el hijo guardaba con esmero el fusil. En Tenerife tienen como una reliquia el cañón Tigre que dicen le arrancó un brazo a otro inglés, el almirante Nelson. Del fusil de don Carlos se perdió la memoria.

-¡Hombre valiente ese don Carlos!

-¡Y que lo diga! Pues de él, en Arrecife no hay ningún recuerdo, salvo lo que dicen ese libro y la investigación sobre la familia que quedó aquí, realizada por ese historiador local. Hoy que se nombran hijos predilectos o hijos adoptivos y se dan nombres de calles, al señor Monfort, que merece un monumento junto al castillo, nada de eso, ni siquiera el nombre de una calle.

-Se ve que te gusta mucho leer.

-En el Instituto el tiempo que tengo libre lo empleo en leer en la biblioteca y muchas veces voy a la biblioteca municipal. Lo que más me gustan son los libros de historia. Los compañeros de curso me llaman ratón de biblioteca. ¿Y barcos? Hoy, después que perdimos La Costa, quedan pocos; unos atuneros y sardinales y nada más; pero en su época había muchos, ¿verdad?

-La flota más grande, yo creo que más que las de todas las Islas juntas. En Las Pascuas, Carnavales y San Ginés, venir pa'riba era sagrado. En ese Portonao no cabía un barco más.

-Cuando dice San Ginés, supongo que se refiere a Los Sagineles.

-Los Sagineles; ¿eso qué es?

-Me refiero a la fiesta de San Ginés.

-Primera vez que lo oigo decir; eso nunca se ha usado aquí. Alguien lo habrá inventado.

-Supongo que en tantos años, usted pasaría por muchos barcos.

-Fititú, estuve en la mar más de cuarenta años y no sé ni en cuantos barcos; La Rosa, que fue el primero, La Carmen, El Mocho, La Dolores, El Requito, La Inés y hasta fui a Cuba en El Sobrino, que mandaba Augusto Lorenzo.

-¿Estuvo en Cuba?; entonces allí vería a su amigo Gregorio.

-No, ¡qué va! me acordaba cuando se fue, pero después le perdí el rastro. Solo supe de él cuando vino a ver a su gente y se ve que se acordaba de mí porque me buscó y me dio el libro.

-¿Cómo fue esa travesía?

-El Sobrino era un barco muy bonito, con unos palos muy grandes y caminaba un montón. Decían que había sido un yate francés. Lo importante es que no tenía motor y la travesía la hicimos a vela. Como Augusto solo tenía título de patrón no podía ir a Cuba y contrataron un capitán que desde que subió a bordo se metió en el camarote y estuvo todo el tiempo bebiendo, borracho perdió. Cuando llegamos a puerto, salto pa'tierra y se desapareció en un santiamén. No lo vimos más. Para volver le tuvieron que dar al patrón un permiso.

-En Cuba, ¿cómo los recibieron?

-Aquello fue una fiesta. Un montón de gente procedente de Lanzarote empezaron a llegar al momento. A Augusto fueron a verlo unos medios primos que tenía allá. Llegaron muchos periodistas que nos retrataron y también al barco; salimos en todos los periódicos de Lavana.

-¿Usted tiene esos periódicos?

-No, no los compré. Quien los tenía era el patrón y, después de unos cuantos años, me lo encontré y le pregunté por ellos, pues tenía ganas de verlos. Me dijo que alguien se los pidió prestados para escribir sobre eso y, por mucho que le pidió que se los devolviera, no lo logró.

-Hoy tenemos navegando barcos históricos como el Bella Lucía, que dicen que es el más antiguo que queda en las Islas y fue construido en un carenero de Las Palmas, donde está hoy la iglesia de San Telmo, pero yo nunca vi a ese en el que usted atravesó el Atlántico, aunque alguien me habló de él y me dijo algo sobre ese viaje, pero no sabía que usted había ido en él.

-Sí, y después de aquello lo compraron y lo pusieron de pontón en La Costa. Un marinero me dijo que lo vio medio embarrancado en La Bahía del Galgo, donde había muchos barcos destrozados. Fue una pena.

-Pues hace unos años se publicó un libro y ese mismo señor me dijo que una de las fotografías que había publicada en el libro era a bordo de El Sobrino, ya que reconoció en ella al patrón que usted dice, pero yo no sabía de qué se trataba. Una de las tardes me dijo de un barco que no daba con Lanzarote y casi llegó a Venezuela. ¿Cómo y por qué la gente se iba a Venezuela?; muchas veces en barcos costeros.

-¿Por qué?; ¡la necesidad! Ya te dije que durante la guerra de España, y mucho después, sobre todos los viejos y los niños tenían que ir a unos almacenes que había en la calle de La Marina para poder comer. También te dije lo de las cartillas de racionamiento. No había forma de salir de aquello. Muchos años antes, la gente de las Islas iba a Cuba, a la Argentina y a Montevideo. Después, cuando yo te digo, Venezuela era una nación muy rica y que necesitaba trabajadores, sobre todo gente del campo, pero a los españoles la política no nos dejaban salir. Había que hacerlo de noche y escondidos para que no los vieran los guardias.

-¿Cómo se las arreglaban?

-Salía un barco como pa la costa; fondiaba y venían unos barquillos y botes con gente y ponían al barco hasta los topes.

-¿Llegaban bien?; ¿nunca pasó nada?

-Sí, algunos barcos se fueron al fondo, pero yo nunca oí que alguien se ajogara. Los barcos salían rumbo a Venezuela, pero algunas veces llegaban a otros pueblos; primero los metían presos en un campo y poco a poco los iban soltando.

-¿Se ponían ricos?

-Había de todo. El que iba a vivir y gastar, se quedaba palla pa'siempre; pero otros hicieron sus buenas perras. Yo le pregunté a Nicolás, uno de San Bartolomé que vino bien asentao, y me dijo que él trabajaba mucho y gastaba poco pensando en que cada bolívar que ajorraba allá aquí era un montón de pesetas. Sus palabras fueron: "Nunca me tomé una cerveza por mucho calor que hubiera, ni un vaso de vino; nunca fui al cine y, si el tiempo estaba bueno, no pagaba la pensión, sino que dormía en un banco del parque".

-Una tarde me habló de una forrotera con los de La Destila; cuénteme que era eso.

-Que los chiquillos de los barrios nos desafiábamos a piedra limpia debajo de la marea. Los de Lastila eran los que vivían palla pal Reduto en una casa grande, con muchos cuartos, en cada uno una familia entera y que tenía una cocina y un excusado para todos.

-Ya entiendo, La Destila.

-Sí, eso.

-El mismo señor chicharrero, en su historia de Arrecife, dice que habían unas cinco o seis destilas en las que se elaboraba aguardientes, de las que muchas pipas se consumían en la misma Lanzarote y otras se enviaban a Tenerife y de allí las mandaban para las Américas. ¿Se ha fijado que en la calle Real, frente al Cabildo viejo, ese que ahora dicen Casa Amarilla, hay grabado en el suelo, en mármol, el plano del Arrecife antiguo y, frente a la calle Manuel Miranda que baja de la iglesia hasta el mar, hay como un muellito? Por cierto, en ese plano la gente se extraña que diga El Cimiterio, pero es que así está escrito en el plano original. Yo no me acuerdo, pero ya que hablamos de destilas, mi padre dice que en la carretera de San Bartolomé, saliendo de La Vega, había un edificio con una especie de torre y encima un depósito grande, que unos hermanos apellidados Ramos, uno era algo de máquinas de barcos y otro médico, hicieron para, también como las destilas, sacar alcoholes.

-No, no me he fijado; yo voy poco por la calle Real, pero si me acuerdo de la torre que había en La Vega, pero no sabía pa'ue era.

-Pues ese muellito que llamaban de King, el apellido de un comerciante inglés, que lo hizo para de allí embarcar los productos de la Isla. En La Destila junto al Reducto, ¿vivía mucha gente?

-Sí; te dije que en cada cuarto había una familia. Después se hicieron Las casas baratas, una fila de casitas chicas, todas iguales, y al lado hubo una fábrica de pescado en la que se empaquetaba el que se mandaba pa'fuera. Más tarde se tumbaron las casas y la fábrica. Ese libro que dices, ¿se vende pa comprarte uno?

-No, ya no se consigue. El que está en la biblioteca lo editó en 1982, el Aula de Cultura del Cabildo de Tenerife y parece que se agotó rápidamente. Dice mi profesor de historia que sería conveniente que alguna de nuestras corporaciones, Cabildo de Lanzarote o Ayuntamiento de Arrecife, hicieran una nueva edición, pues cree que es uno de los más importantes para que el pueblo conozca una parte, casi ignorada, de la historia de nuestra ciudad y además muy ameno, muy bueno de leer.

-Ahora me da pena no haber ido más a la escuela y que yo pudiera saber, leyendo, todo eso que me cuentas. Pero ya, como decía mi abuelo: "Moro viejo no aprende leyes" ni yo puedo aprender a leer mejor.

-¡Anímese!, hay más viejos que usted que hasta se han hecho abogados. Voy a preguntarle, aunque le traiga malos recuerdos, por esos temporales y momentos difíciles que pasan los marineros y sobre todo usted en esos barcos chicos y sin poder defenderse por no tener motor y depender de las velas y del viento.

-¡Muchas veces las pasé canutas! Primero te voy a contar lo más raro que vi, y lo vi desde tierra. Un domingo fui a caminar por la carretera del muelle y cuando estaba llegando al Castillo oí un zumbío como un avión. Miré pa'riba y no había ninguno; pero me di cuenta que por el naciente venía un remolino de agua que llegaba desde la marea hasta el cielo. Menos mal que me aparé porque aquello entró por todo el muelle de punta a punta; levantó unas casetas grandísimas y pesadas y las botó al agua y a una balandrita que estaba atracada en la punta le estralló las amarras y la separó del muelle. Hablando con marineros más viejos me dijeron que eso era una manga y que cuando estando en la mar y las vían venir, salían jugando con el barco.

-Sí, una tromba marina. Es como los remolinos que vemos aquí en tierra en la época de la primavera, y aunque tenemos suerte de que en nuestra isla no los haya, en otras zonas del mundo son muy fuertes y esos tornados son muy peligrosos y destruyen todo lo que encuentran a su paso. Cuénteme más cosas.

-¿De qué quieres que te cuente?

-Se dice que ya no hay temporales como los de antes; ¿qué hay de verdad en eso?

-Algo de eso hay. Dicen que todo está cambiando; que donde antes llovía ahora ya no llueve y que donde había frío ahora hay calor. Los temporales del sur o del poniente que parecía que se iban a tragar al muelle

ya no se ven. Según mi padre, antes de terminar el muelle, un tiempo de abajo lo destrozó y un chiquito que el padre lo había puesto de guardia en el balandro por la noche, se ajogó. El último fuerte que yo recuerdo fue no hace muchos años. En el muelle estaba atracado el Paloma y las marejadas saltaban por encima de la muralla, que casi no se vía nada. Desatracoó como pudo y al poco rato una mar más fuerte arrancó un cacho grandísimo del respaldo del muelle y lo botó por acá. Si el barco tarda un poco más en salir, aquel tempaño de piedras lo manda pal fondo. Creo que fue también cuando agarró a La Añaza de Pablito y la metió por debajo de los puentes y la destrozó toda. La que escapó fue la Bella Lucía pero la pasó por dencimba del Islote de la Fermina y la metió pa dentro. Antes de eso me acuerdo cuando un balandrito de don Fermín el médico lo mandó contra la muralla cerca de donde después hicieron el Parador y más tarde le pasó al de Manuel Tabares. También vi desde tierra al Marte, un pailebote de tres palos, corriendo el temporal a palo seco, sin velas, ahí enfrente mismo. Creo que lo mandaba un capitán de aquí, Tino Díaz, que tenía otro hermano, Ruperto que también era capitán y procedían de la calle que tú dices se llama Canalejas. Mi padre decía que El Rosario, que creía era de los primeros barcos que compraron los Armas, esos que ahora tienen un montón de barcos grandes para carga y pasajeros, entrando en Portonao no sé lo que le pasó, que se varó. Después un vaporcito gallego tiró y lo sacó, pero quedó por allí botao y nunca más navegó.

Medio Arrecife estaba en el muellito viéndolo y creo que venía con grano, de Las Palmas o Tenerife. No lo vi porque en ese tiempo estaba haciendo el servicio. Yo también aguanté temporales algunas veces y en medio de la mar se pasa mucho miedo.

-Vamos a no hablar ahora de miedo, que es una cosa fea. Pero fíjese en esas chiquitas que pasan por ahí delante, que si son cosas bonitas. En su época, ¿se usaban esas falditas que dejan ver tanto?

-¡Chacho!; ¿tú estás loco? Si en mis tiempos sale una mujer así a la calle, la critican.

-¡La critican!, y, ¿eso qué es?

-Que le dicen de lo que tú sabes parriba, todo lo que se les viene a la boca.

-¿Cómo se vestían las mujeres en sus tiempos?

-Según; si eran del campo o del Puerto; si eran solteras, casadas o viudas.

-Las viudas; ¿se vestían distinto?

-Se guardaba luto según el parentesco. Por un primo, tres meses; por un hermano, un año; por los padres, dos años, y la viuda para toda la vida. Además, en ese tiempo solo se salía para trabajar. La viuda muchas veces no volvía a ver la calle. En los campos los hombres se amarraban al cogote una corbata negra, hecha de un cacho de trapo y en las mangas de las chaquetas, los pocos que las tenían, se cosía una banda ancha de tela también negra. En el tiempo del luto no se iba a la cantina ni a diversiones y, cuando acababa decían que ya había acabado el tiempo de guardar luto. Los que no tenían ropa negra, compraban en la botica unos polvos que echaban en agua caliente pa'teñirla. Yo vi pintar de negro un barco, me parece que La Inés, cuando se murió el amo.

-Cuando no estaban de luto; ¿cómo se vestían?

-Las mujeres para trabajar en el campo se embrujaban todas pa'taparse del solajero. ¿Tú has visto esas muchachas que bailan en las fiestas, con unas faldas anchas de colores?

-Supongo que se referirá a la Agrupación los Campesinos.

-Sí, esa. Igual que esas pero no de colorines, sino canelos o negros y en las casas los trapitos que ya no servían para salir. Las mujeres mayores la falda negra hasta los tobillos, una camisa de mangas largas, el sobretodo, el pañuelo y la sombrera.

-¿Qué zapatos se usaban?

-¡Zapatos!; ¿quién tenía zapatos? Alpargatas o descalzas y algunas muchachas jóvenes guardaban los zapatos solo para ir al baile.

-Los hombres, ¿qué zapatos usaban?

-Unas soletas de cuero o de goma de coche y casi siempre sin ninguno, ni soletas, ni alpargatas ni zapatos, descalzos.

-Antes de que se me olvide; ¿usted sabe por qué a los de Lanzarote nos llaman conejeros?

-Si te digo la verdad te miento.

-Es que ayer leyendo el libro del señor de La Orotava, dice que en las demás islas todavía en el año 1791, conocen a los de Lanzarote por conejeros porque de la Isla se exportaban de trescientas a cuatrocientas docenas de pieles de conejos, que se mandaban al Puerto de

La Orotava y de allí a Londres, donde se pagaban muy bien. Parece que se empleaban para fabricar sombreros.

-Entonces el nombre está bien puesto.

-Claro que sí. Yo he oído hablar de dos casetas, la del baño y la del cable; ¿qué eran?

-La del baño estaba en la esquina del Muelle chico, frente al Casino viejo y era para que las mujeres, que en aquellos tiempos ni iban a la playa ni habían como hoy piscinas, se bañaran sin que nadie las viera. Allí no podían entrar los hombres. Abajo, en la marea tenía unas rejas para que nadie pudiera colarse.

-Y; ¿la de El Cable?

-Esa está entodavía, un poco más allá de La Bufona. Hasta que trajeron unas arradios, los teléfonos y todo eso, para hablar pa'fuera se hacía por un cable negro que iba por el fondo de la mar. Unas veces la mar de fondo y otras los barcos fondeados lo enganchaban con el anclote y lo partían. Entonces había unos barcos grandes, que tenían en la cubierta como un carrete grandísimo con un cable enrollado y venían a empatarlo; los llamaban buques cableros. La punta del cable estaba metida dentro de un pozo que está en la orilla de la playa.

-Cuando se rompía el cable, ¿cómo se comunicaban con el exterior?

-Pues nada, joderse y tener paciencia hasta que lo arreglaran o mandar el recado con el correílo-dijo el abuelo sonriendo-Más tarde, cuando en el Telégrafo pusieron La Costera; a los barcos que tenían motor, le colocaron otra arradio para hablar con el armador o con la familia. No se podía hablar todo seguido como hacemos tu y yo, sino que cuando uno hablaba, para que le contestaran tenía que apretar un botón y decir: "Cambeo, cambeo".

-Me dijo que El Cable está un poco más allá de La Bufona; ¿dónde está eso?

-Se ha cambiado tanto todo que ya no se saben ni los nombres de las cosas del pueblo. Yo no he estado nunca, pues ya estoy viejo para caminar mucho, pero dicen que desde la playa de El Reduto palla pal Poniente, hay un camino nuevo a dónde va la gente a caminar y correr.

-La Avenida del Colesterol.

-Si tú lo dices, se llamará así. Después de la playa estaba La Bufona y al lado de ésta estaba El Cementerio, que alguien, como hicieron con La Recova, también lo tumbó. Le decían La Bufona porque en la orilla había unos agujeros en el risco que, cuando el tiempo estaba de abajo y la marea alta, el espumerío del agua salía parriba, con un zumbío que se oía de lejos. Allí en La Bufona hubo unas salinas de don Pepe Miranda. Mas al

Poniente, después de El Cable, hay otra playita que también tenía otros agujeros pero más chicos por donde también saltaba el agua y era la playa de El Bufadero.

-Esas salinas debieron estar donde hoy están los restos de unos molinos abandonados, que es una pena que no los restauren, ya que son muy decorativos además de un recuerdo histórico. Le decía que a esa nueva avenida la llaman del colesterol, porque es un elemento malo que hay en la sangre, que puede dar lugar a enfermedades del corazón, y los médicos para eliminarlo recomiendan mucho ejercicio y aunque los que corren o pasean no lo padezcan, la llaman así.

-Por encima de La Bufona estaban El Cementerio y El Lazareto.

-¿Hubo un cementerio por allí?

-Sí, el de siempre, se puede decir que hasta el otro día, al lado de la cuestita de la carretera antes de entrar en El Puerto viniendo de Tías que, al parecer, lo construyeron después que desapareció el de la calle de El Campo. Me acuerdo que, cuando hicieron el nuevo, cuando se va pa Tahiche, le avisaron a la gente para que sacaran los restos de los enterrados y de repente, de la noche a la mañana, metieron unas palas y lo dejaron liso. Allí había como unas casitas donde los familiares enterraban a sus muertos.

-Desde luego debió ser un vestigio histórico que era obligación conservar. Supongo que estaría donde hoy hay unos arbolitos en los que duermes las garzas; y lo de El Lazareto; ¿qué era?

-Por encima de El Cementerio, en el morro, recuerdo ver unas paredes con los agujeros de las puertas y ventanas, que llamaban El Lazareto. Me decía mi abuelo que lo hicieron cuando hubo un mal que mató a mucha gente en otras islas, para meter en él a los que se pensaba que podían tener esa enfermedad y los tenía encerrados cuarenta días hasta ver si de verdad estaban enfermos o no.

-Sí, en cuarentena.

-En La Bufona, por bajo de El Cementerio, es donde se tiraba la basura para quemarla y, cuando el tiempo estaba majorero de la peste no había quien viviera. Menos mal que a alguien se le ocurrió mandarla palla pa un volcán cerca de Tahiche.

Después de estas conversaciones y ser felicitado por el profesorado del Instituto por el tema de redacción, el muchacho se animó a ampliarlo y logró el patrocinio de una entidad para publicarlo en forma de libro.